

# BOLIVAR Y SUS CANTORES

El insigne poeta nicaragüense y glorioso exponente de las letras hispanoamericanas, cuyo centenario acaba de ser conmemorado con gran esplendor en todo el ámbito de la lengua hispánica, escribió en 1886 el artículo que hoy reproducimos de manera excepcional y en el cual se refiere a los poetas de la estirpe que hasta entonces habían cantado al Libertador. En estas líneas Rubén Darío da una prueba de su singular devoción por Colombia y por sus valores culturales.



Por RUBEN DARIO



**E**n la historia de la humanidad no hay figura que pueda superar a la de Bolívar. Probo y abnegado como Aristides, recto y noble como Filipo, valeroso y ardiente como César, en él se encarnan todas las grandes virtudes cívicas y todos los sublimes entusiasmos del patriotismo.

Para tan grande hombre de tan poderoso brazo habrían elevado los antiguos helenos templos inmortales, las canteras del Penthélico hubieran agotado sus preciosos mármoles en estatuas y columnas, y Homero habría tenido para él sublimes cánticos, colcándole en el número de sus semidioses, haciéndole combatir con legiones de titanes, dueño siempre de la historia, al par de Aquiles el valeroso y Héctor el atrevido.

Los poetas han cantado sus glorias en magníficos metros; muchos han entonado cantos líricos: Olmedo, el vate altísimo del Guayas, llegó hasta la Epopeya.

Olmedo es el primero entre la pléyade de cantores que han ensalzado las magnificencias del Libertador. Después de Olmedo, José Rivas Groot.

El poeta del Ecuador en su canto a la Victoria de Junín, hizo, dice un crítico ilustre, una obra moderna con materiales antiguos. Buena comparación en la que aparece Olmedo en el oro purísimo de los antiguos métodos engastando el diamante espléndido de su vida, cuyos quilates superan a toda grandeza, cuyo brillo, absorto deja al entendimiento y cuya expresión conmueve el ánimo hasta tal punto, que la admiración se desborda colocando en elevadísimo trono al varón benemérito y al insigne poeta.

Pero si el autor del canto a Junín, hecho hace medio siglo, merece nuestra admiración, dirigiendo nuestras miradas a actuales tiempos en que la poesía casi se mira con criminal abandono, sea por sistemas filosóficos nuevamente establecidos, en que la negación llevada por método es la muerte del ideal, si es por cualquier otro motivo, vemos que no han dejado de sonar liras bien encordadas, en loor del gran Héroe americano desde Abigail Lozano, Vargas Tejada y Caro, hasta Rafael Pombo y José Joaquín Ortiz.

Entre este grupo de los cantores de Bolívar, sobresale José Rivas Groot, poeta colombiano cuyo nombre es casi desconocido en estas Repúblicas, siendo en la de las letras digno de toda alabanza.

Hagamos una observación:

Olmedo en su inmortal canto, es imitador de poetas antiguos. En el principio de su obra diríase que leemos a Horacio en su Oda V. Véase, si no:

El trueno horrendo que en fragor re-  
[vienta  
y sordo retumbando se dilata  
por la inflamada esfera,  
al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahu-  
[yenta  
la hispana muchedumbre

... ..  
y el canto de victoria  
que en ecos mil discurre ensordeciendo  
el hondo valle y encrespada cumbre,  
proclaman a Bolívar en la tierra  
árbitro de la paz y de la guerra.

Horacio en su Oda V, ya citada, em-  
pieza de esta manera:

Caelo tonantem credidimus Jovem  
Regnare; praesens divus habebitur  
Augustus. adiectis Britannis  
Imperio gravibusque Persis, etc., etc.

Hágase la comparación de ambos  
procedimientos poéticos. Horacio de  
Venusa, dice ser Augusto, vencedor de  
los Britanos y de los Persas, omnipo-  
tente en la tierra, como Júpiter, anun-  
ciado por el trueno retumbante, om-  
nipotente en el cielo. Olmedo hace  
igual apreciación.

Bolívar, que destruye las huestes  
españolas, es el árbitro de la paz y de  
la guerra en el mundo, como en el  
cielo Dios, cuya majestad es proclama-  
da por el trueno horrendo que en fra-  
gor revienta.

## IV

Tiene Olmedo en seguida descrip-  
ciones homéricas. El ruido y estridor  
de la lucha están pintados con esa ma-  
jestad y ese ardor del poeta griego;  
esos heroicos soldados; esos bravos  
compañeros de Bolívar el Invencible,  
tienen talla de legendarios batallado-  
res, son de aquellos que cuando caían  
heridos en el combate, hacían retem-  
blar las altas sierras comarcanas; de  
aquellos que tenían égidas consagra-  
das por sus dioses; todos fuertes, todos  
altivos y arrojados: Córdoba, Sucre, y  
tantos otros que llevan en sus sienes  
el laurel de los victoriosos adalides.

Ese clásico procedimiento de Olmedo hace que el canto se revista de cierta grandeza severa. Si el vate hubiese dado más extensión a su obra; si el molde hubiese sido en todo el mismo de los egipcios antiguos, tendríamos en América verdadera Epopeya, y en el hijo del Ecuador, el Homero del Aquiles Andino.

Huaina Capac que aparece radiante y altivo en medio de la fragorosa pelea, es un Dios Olímpico que desciende de la inmensa altura como las viejas divinidades que bajaban a socorrer a los aguerridos campeones de Ilión.

Los mismos colores con que Homero pinta a sus seres sobrenaturales, son los que emplea Olmedo para describir al Inca, de cuya boca se desata un raudal de palabras inspiradas, que conmueven y dominan a quienes las escuchan. Cuando calla el Inca, "los cielos aplauden". ¡Oh grandeza!

Aquel dios Thor de los escandinavos, que en una encendida nube sonaba el clarín de las tormentas, bueno sería para heraldo del vencedor de Junín, pintado en el cántico de su poeta con colores de la excelsitud. No otro para ese genio de la guerra que, como dice Alvaro Contreras, hizo de la victoria el primer ayudante de sus campañas.

Concluye el canto de modo sublime; el levantado patriotismo brota en los últimos ecos del arpa retonante; Olmedo, cantor del Libertador, cantor de aquella santa Libertad ensalzada por Chenier y Víctor Hugo, finaliza su himno, deseando por premio a tantas maravillas, una sonrisa de su amada patria y el odio y el furor de los tiranos. Esto es suyo propio. El poeta encendido en el fuego de esta América joven y vigorosa, deja el molde antiguo en que ha vaciado su obra, para darle a ésta toques exquisitos, pulimentos y pavón que deslumbran. He ahí el primer cantor del gran Bolívar.

V

José Rivas Groot es, después de Olmedo, quien se lleva la palma. Abigaíl Lozano y otros apenas si se elevaron un tanto en alas de su lirismo; José Joaquín Ortiz ha cantado al genio sin pretender escalar las cumbres de la oda; el correctísimo, donoso e inspirado Rafael Pombo, ha escrito también preciosos versos; pero al igual de Ortiz, no ha querido cantar ardorosamente al Libertador en el clásico y divino metro del entusiasmo, sólo Rivas Groot ha remontado el vuelo, arbolando el pendón de la alta poesía en las cimas de la inspiración heroica.

Es diferente el procedimiento poético de Rivas Groot al de Olmedo; basta decir que el "Canto a Junín" por lo que dejamos expuesto en párrafos anteriores, bien encaja en el marco de la literatura antigua como cuadros de pasados tiempos, a pesar de ser su asunto de presentes edades mientras que la obra de Rivas Groot es hecha de tal guisa que aunando en ella un refinado lirismo y una corrección clásica y maestra, presenta ciertos rasgos épicos adornados con las preesas de una imaginación ardiente, combinando los finos resortes de la elevación estética, con el brillante colorido plástico, de gusto exquisito que sabe dar a sus bruñidas estancias. Canta como Píndaro, como Quintana; la elegancia de la forma corre pareja con la grandeza del pensamiento; tiene torrentes de ideas que se derraman por los bordes del verso como en las estrofas de oro de Olegario Víctor Andrade.

Oigamos a Rivas Groot:

Negros años cruzaron por la tierra  
como ángeles rebeldes en legiones,  
encontrando a los hombres en la guerra,  
oponiendo naciones a naciones;  
y agitaron la antorcha del espanto,  
dieron al mundo maldecidas leyes  
y alzaron tronos o abatieron reyes.  
Y nuestra patria desolada, en tanto

sentada en las tinieblas y doliente,  
inclinaba la frente,  
arado el rostro por acerbo llanto.

Espléndido principio, y sin embargo  
es inferior, y muy mucho a otros pa-  
sajes del canto, en los que se deja ver  
la inspiración en toda su plenitud. Se  
eleva cuando habla de:

Bolívar!... El gigante  
cuyo nombre repite la tormenta  
cuando en lo alto revienta,  
sobre la faz del turbulento Atlante.

.....  
El que llevó sumisa, encadenada  
a las flotantes crines  
de su corcel fogoso, a la Victoria.  
El hombre bueno entre los hombres  
[grandes,  
el genio colosal entre los buenos,  
el que por pedestal tiene los Andes  
y por corona la fulgente nube  
preñada de relámpagos y truenos!

Una de las grandes ideas que el vate  
egregio desenvuelve en el curso de su  
poema, es levantar al vencido para ha-  
cer más grande la figura del vencedor.  
Para él luchan en la liza, un altivo ti-  
tán, con un coloso: el Mundo nuevo  
con el viejo Mundo. Los valerosos his-  
panos, fuertes en Lepanto y en Bailén,  
llenos de bravura se aprestan al com-  
bate. Los hijos de Colombia se hallan  
frente a los altaneros enemigos y lu-  
chan ambos con denuedo.

He aquí un fragmento del Canto de  
Rivas Groot, modelo de descripción, be-  
llamente hecho como los de la Eneida.  
Todo hay en él: onomatopeya virgi-  
liana, buen lenguaje y nerviosidad  
grandiosa.

Crece y crece el fragor de la batalla,  
chocan las huestes, mueren los solda-  
[dos,  
perecen los jinetes derribados,  
crujen los miembros, llueve la metralla,

con humo negro se oscurece el día;  
las duras lanzas y cortantes hojas  
en confusión sublime  
se cruzan con horrísona herrería;  
el huracán arrastra las congojas  
del combatiente herido y moribundo  
que muerde en su agonía  
el casco del caballo que le oprime;  
ruge el cañón en hórrido estampido,  
como el león en su caverna umbría;  
por la vasta llanura y por el monte  
rápidos trotan en tropel los brutos,  
ronco retumba el resonante campo,  
y el estrépito sordo  
repercute en el cóncavo horizonte;  
y al dilatarse el eco tremebundo  
por la mansión desierta  
del lóbrego infinito,  
parece el hondo grito  
de la raza ofendida que despierta.

Allí está la magnífica inspiración  
del Poeta. Sube como el Cóndor de los  
Andes a altísimas regiones; trae fue-  
go del cielo para encender su espíritu.

Bolívar está allí a la cabeza de sus  
combatientes, entre el ruido y los fo-  
gonazos de las descargas; parece cu-  
bierto con aquel escudo maravilloso  
forjado por Vulcano para el héroe de  
la Iliada. La muerte retrocede ante él  
cual si estuviese protegido por cerco  
invisible; a su lado, Sucre, Páez y otros  
insignes capitanes.

Rivas Groot, pone por fin a la vista  
la sublime hecatombe de San Mateo,  
donde Ricaurte envuelto en llamas,  
glorioso sube a la inmortalidad.

## VI

El poeta va a concluir su oda, y para  
ello canta a la Paz en apacibles estan-  
cias que prohijara Bello. Luego canta  
el trabajo. Allí nos dice, como:

Uncidos, se avecinan  
al terruño los bueyes corpulentos,  
a llevar con pausados movimientos  
y majestuosa calma

el reluciente arado,  
desgarrando los senos de la tierra  
donde el gañán arroja la semilla  
que a germinar se encierra,  
dulce imagen del alma  
que luego se alzar  si ora se humilla.

Después presenta al Libertador des-  
terrado en su propio suelo, abatido,  
pobre, teniendo

Ante los ojos enlutado cielo  
que mudo presenciaba su tristeza;  
.....  
y en la tendida arena,  
testigo inquieto de amarguras tantas,  
y de tan honda pena,  
un mar que sollozaba ante sus plantas.

“Todo está consumado” dice Bolívar  
como Cristo; y al fin, muere abando-  
nado, yendo su alma a juntarse en  
regiones superiores, con la del gran  
Col n y con la de Sucre, el mártir  
venerado.

## VIII

El tiempo pasa. Las naciones que li-  
bert  el Genio Americano, bendicen  
la memoria del valiente General que  
les diera vida y altivez: entonan un  
himno a su recuerdo, y entre todas  
alza Colombia, la gran Colombia, su  
voz inspirada en loor de Bolívar, en-  
vuelta con el manto de su gloria y  
ci nendo el laurel de su grandeza. Co-  
lombia ha ofrecido al Libertador, por  
boca de sus poetas, glorios simos c n-  
ticos, resonando lleno de majestad y  
ardiente fuego, el del vate que nos  
ocupa, lustre del parnaso Latino-Ame-  
ricano, cuyo es el cetro de la poesía  
del porvenir.

**Rubén Darío.**

Managua, Nicaragua, 1886.